

«Pero entendida así la Historia como educación, el conocimiento histórico adquiere aún mayor significación educativa si se refiere a la Historia del propio país», esto es, a la de «una civilización peculiar, ya que un pueblo es sobre todo en virtud de la Historia, es decir, en virtud del proceso histórico del que es, en gran parte, creación y resultado, por lo que cobra cabal conciencia de sí mismo, y tal pueblo o país arraigarán tanto más como comunidad diferenciada, cuanto más consciente de su pasado y de los valores permanentes que ese pasado encarna»⁴⁷. Con estas palabras precedentes resume García de Valdeavellano el pensamiento de Altamira: todo pueblo o nación es un producto histórico y a través del proceso, largo y continuo, es decir, sin ruptura, que atraviesa, alcanza a diferenciarse de los demás y a tomar conciencia de esa diferenciación; su papel es afianzarla y afirmar con ello los valores que encierra. Hay aquí un lejano, pero bien reconocible eco romántico: recordemos a Gonzalo Morón declarando con el mayor énfasis que «España no será España hasta que no sea diferente»⁴⁸.

Altamira ha afirmado antes la unidad y continuidad de la vida. Pero ¿en qué plano se dan? ¿en la universalidad de la existencia humana o en el ámbito diferenciado de cada pueblo? El autor no acaba de aclarar esta cuestión, pero considero que nosotros podemos hacerlo por él y en nombre de él. Comentando una frase de Freeman que reproduce el tópico (de origen griego, repetido en el Renacimiento, —Maquiavelo, Furió Ceriol y otros—), según la cual los hombres son siempre lo mismo, nuestro autor recuerda que «por encima de ese sentido de identidad de la vida humana hay siempre en los individuos y en las colectividades, el de su propio valor y representación que les lleva a aislarse en la vida, a reconocerse como diferentes de los demás, sin enlace ni dependencia que les obliga a verse como derivaciones naturales y a veces muy inmediatas de cosas pasadas». Se trata de una «reacción de la personalidad... fruto de la afirmación enérgica de la existencia propia que hace todo ser... Toda época, toda generación tiende a estimar como «nuevo» lo que trae la Historia, sin dependencia con lo anterior». Y frente a esto, conviene recordar esos que se han considerado como simples tópicos, en los que se afirma «el sentido de unidad de la vida, si bien también ésta tenga sus propios límites»⁴⁹. Cabe pensar en consecuencia que esos límites son los marcos en que encuadran los pueblos diferenciados. Por eso, precisamente, cuando un pueblo se encuentra en un trance de prostración, de olvido de su personalidad y su diferenciación, es cuando el conocimiento histórico adquiere mayor condición de necesario en las generaciones de ese pueblo que se suceden, y esto «parece ser especialmente significativo en los países que, en su trayectoria histórica, atraviesan períodos de decadencia y desánimo colectivos, cuando sólo un gran pasado, la conciencia de haber sido creadores de valores universales de cultura, es la justificación del patriotismo y puede vindicarles de la atonía del presente». Hay aquí un inequívoco recuerdo de la tesis de Nietzsche sobre el valor del conocimiento histórico: ese caso que cita Nietzsche en último lugar y que podemos llamar valor reconstituyente de la Historia⁵⁰. Cuando a un pueblo caído, por razones internas —por ejemplo, el envilecimiento endurecido que en determinados sectores de la población produce una larga y alienante dictadura— o por causas que vienen de fuera —como el estado de desesperanza y abandono que provoca una derrota militar grave u otra catástrofe— es necesario aplicar remedios muy adecuados para hacerle remontar su corrupción, su desánimo,

⁴⁷ Ob. cit., p. 44.

⁴⁸ Historia de la Civilización española, Espasa Calpe, Madrid 1927.

⁴⁹ Ideario político, pp. 10 y 11.

⁵⁰ F. Nietzsche, en el vol. Consideraciones intempestivas.

su inhibición y pesimismo, hacerle recobrar confianza en sí y empujarle eficazmente a que no deje de realizar el esfuerzo necesario para recuperar un puesto activo y honroso junto a los demás pueblos. Hay que hacerle creer en sus posibilidades de realizar algo semejante o digno de lo que en otro tiempo llevó a cabo y a tal fin hay que hacerle presente la imagen del empuje civilizador que en él se desarrolló. Para ello, hay que presentarle y hacerle asimilar lo que fue su pasada historia, lo cual requiere el riguroso estudio de sus caracteres, su genio, su psicología, que tan sólo a través de su historia se llegarán a conocer⁵¹.

Por eso, «puede decirse que la regeneración tanto como la formación de un pueblo, son cuestiones educativas, ya que la misma vida económica, raíz de la historia para algunos pensadores, pende totalmente de la educación del agente humano en todos los órdenes, desde el científico que sirve para dominar a la Naturaleza, hasta el moral, que reduce y afina las necesidades, borrando las inútiles, y presta un fondo ético a las relaciones de trabajo, quitándoles todo motivo egoísta y todo propósito de explotación injusta»⁵².

En 1898 escribe y pronuncia en la Universidad de Oviedo su resonante discurso de apertura, y al incluirlo, en 1902, en *Psicología del pueblo español*, nos hace en el prólogo a esta obra una confesión que tiene tanto interés personal como generacional: «Lo que yo soñaba era nuestra regeneración interior, la corrección de nuestras faltas, el esfuerzo vigoroso que había de sacarnos de la honda decadencia nacional, vista y acusada hacía ya tiempo, por muchos de nuestros pensadores y políticos». Según él, todas las adversidades con que tropezaba el país eran «relativas a la psicología de nuestro pueblo, a su estado de cultura, al concepto que de nosotros tienen todas las demás naciones y al que nosotros mismos tenemos de la entidad social en que vivimos y de que formamos parte». Por todos los frentes de este problema, pretende el autor llevar adelante la batalla. Evoca los *Discursos* de Fichte a la nación alemana, que traduce. El problema es éste: ¿es educable este pueblo español?, y así lo plantea: «Dada nuestra mala educación o ineducación actual, buscar las condiciones naturales del sujeto (su psicología fundamental), abstracción hecha de los vicios traídos por el estado presente, para ver si las posee fructificables al contacto de una intensa labor educativa» (advirtiendo que ser reformable depende de la educación, pero ser educable depende de las «condiciones naturales»)⁵³.

Y más tarde, en el prólogo a la segunda edición de la misma obra vuelve sobre el tema: «Predicaba yo el esfuerzo para vencer nuestro desánimo y nuestra decadencia efectiva en muchas cosas; combatía el pesimismo infecundo; procuraba mostrar que uno de los medios más eficaces de regeneración (¿me atreveré a decir que el único?) está en la reforma de la enseñanza, en la intensificación y difusión de la cultura, en una campaña enérgica por la educación popular, entendida, a la vez, en el sentido técnico con que la entendió Campomanes y en el sentido ciudadano de nuestros días». Crecimiento técnico y económico y regeneración política y moral: esta era la idea. Había que empezar por echar abajo la versión de esa psicología del pueblo español errónea, arbitrariamente desfavorable, falta de crítica científica, y ello venía a representar un programa de «vindicación patriótica». No hace falta discutir sobre la existencia o no de un sentimiento de unidad nacional; el problema consistía «en procurar que lo haya y en reforzarlo cada día más, puesto que es lo que nos falta, no debiendo faltarnos»⁵⁴.

⁵¹ *Psicología del pueblo español*, en *Obras completas*, op. cit., tomo IX.

⁵² Ob. cit., p. 210.

⁵³ Ob. cit., pp. 28 y 34.

⁵⁴ Ob. cit., pp. 13-15 y 23.

Para definir, organizar y poner en juego los diferentes aspectos que presenta el carácter de un pueblo, no puede contarse únicamente con elementos modernos. Hay que ir a buscar desde una lejana tradición esas notas constantes. Quizás Altamira sea el historiador en cuya obra la cuestión de las *constantes históricas* (que hasta en el Ortega de *El tema de nuestro tiempo* —1924— se afirman), tenga mayor volumen. Historia y psicología van juntas y hay que aprovechar la investigación en el campo de la primera en cuanto nos aporta de útil para la segunda⁵⁵.

Desde el legado de los antiguos hasta la experiencia de los modernos hay que tomarlos en cuenta. Ya en el resonante Discurso de 1898 en la Universidad de Oviedo, declaraba: «Véase, pues, la importancia enorme que tiene la reivindicación de nuestra historia intelectual y civilizadora para la resolución del problema presente. Pero no ha de interpretarse esta reivindicación como la base de un total renacimiento del pasado, sin el cual no habría salud para nosotros. Hay que caminar con mucha precaución en este terreno, y hacer a cada momento reservas y distinciones, sin las cuales podría creerse que se trata, sin más ni más, de una restauración arqueológica parecida a la que pretendía Haller. Afirmar el valor y la originalidad de la ciencia y de la civilización española en siglos pasados, no quiere decir que hoy debamos aceptar, ni todos los principios ni todas sus consecuencias (...) Hay en lo pasado, como en toda obra humana, una gran parte perecedera, que el progreso de los tiempos modifica o que las nuevas direcciones sociales eliminan»⁵⁶.

Su actitud no puede ser más franca contra la crítica negativa que aplasta las posibilidades de regeneración de un pueblo. «Y si este pesimismo no sólo toca el presente, sino que, como sucede entre nosotros, alcanza también al pasado, autorizando el juicio de la incurable impotencia actual con el hecho, que se afirma, de la impotencia de todos tiempos, ¿no se cierra acaso todo camino de regeneración, deprimiendo la confianza en sí propio que todo pueblo debe tener para decidirse a la acción salvadora?». Lo que de positivo tiene el carácter de un pueblo o ha tenido —tiene bien infiltrado el autor su historicismo— se ha de resaltar para darle confianza y reforzar sus posibilidades. De nuevo haré referencia a la concepción del valor de la Historia como reconstituyente en Nietzsche. «De aquí la necesidad imprescindible de combatir el pesimismo y el desaliento en las colectividades, máxime si tiene bases falsas en muchos aspectos. Pudiera creerse —y así lo creen muchos— que cuando un pueblo cae en tal estado, es porque existe alguna causa interior, de la que adquiere el mismo pueblo conciencia aunque oscura, siendo pues el pesimismo un *efecto* de la enfermedad esencial y no una causa de ella. Pero esto no deja de ser una afirmación gratuita de una sociología precipitada y demasiado absoluta. Con frecuencia, los pueblos, como los individuos, se engañan respecto de su estado, generalizan sus desalientos temporales, agravan sus errores y sus males. Resulta así que a veces las crisis son paso necesario para llegar a un nuevo estado favorable»⁵⁷.

Rechaza, claro está, Altamira el pesimismo de Macías Picavea e incluso el de Joaquín Costa, a pesar de su interés por él, lo que le lleva a no dejar de reconocer «el macizo programa de remedios que legó a las generaciones venideras». No es lícito para él hundir la moral de un pueblo, hablándole sólo de sus defectos y carencias. De esta manera, se contribuye más a paralizar su voluntad. Contra esto, lo que hay que hacer es alentarlos; en lugar de presentarles una historia de puros aspectos negativos, ofrecerle lo que ésta

⁵⁵ Ob. cit., pp. 83 y 221.

⁵⁶ Véase p. 13 y 14.

⁵⁷ Discurso en la Universidad de Oviedo, pp. 10 y 12.